

Albores

DE ESPIRITU



Foto
HUERTAS

Ampliación
e Iluminación
MUÑOZ

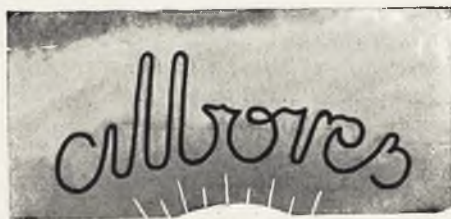
Sumario

EL AÑO DE CERVANTES, POR FEDERICO ROMERO, Pág. 3.—EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MANCHEGOS (*Editorial*), Pág. 5.—ANGEL DOTOR Y MUNICIO. (*Sus iniciativas y contribuciones por la exaltación manchega y cervantina*), POR JORGE LUIS DE MONTESINOS, Pág. 6.—BUEN VIEJO, NO NOS DELATES... POR FRAY BERNARDO MARTÍNEZ GRANDE. Pág. 7.—L A M A N C H A, *poesía*, POR JUAN PÉREZ-CREUS, Pág. 9. — DIA DE REYES, POR MARÍA ISABEL PEDRERO, página 10. — LA EXPANSION URBANA DE TOMELLOSO, Págs. 12 y 13.—UN CUENTO DE LEON TOLSTOI, POR CARLOS MORALES ANTEQUERA, Pág. 14.—*Sinfonía de Paisajes*: C A S T I L L O DE MONTIZON, POR ANTONIO MERLO DELGADO, Pág. 15.—GALERIA DE PUBLICACIONES, POR F. A. F., Pág. 20.—FUTBOL RETROSPECTIVO EN TOMELLOSO. POR PENALTY, Pág. 21.—DE ULTIMA HORA, Pág. 23.

Año II

Enero de 1947

Núm. 3



DE ESPIRITU

Revista mensual de exaltación manchega

Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas S. L.
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —

AÑO II

TOMELLOSO. enero de 1947

NUM. 3

EL AÑO DE CERVANTES

CAYO el telón del año viejo y los españoles nos apercibimos a presenciar la comedia nueva del año recién nacido, en el gran teatro de este mundo chiquito que habitamos.

España, matriz de imperios, se nos aparece como una dama pequeñita, encorvada por el peso de sus grandezas, menudo el cuerpo y grande el espíritu, cuya inmortalidad ella conoce. Nunca más oportuno recordar las estrofas del Arcipreste Juan Ruiz:



«En pequeña girgonza yace grand resplandor,
en azúcar muy poco yace mucho dulzor,
en la dueña pequeña yace muy grand amor,
pocas palabras cumple al buen entendedor...»

En pequeña nación, diríamos imitando al poeta de las cántigas serraniegas, yace mucho honor. Y el mayor de nuestros honores se cifra en haber expandido el propio idioma por los más remotos confines, sembrando las parábolas de Cristo, las normas jurídicas y morales de Alfonso el Sabio, las metáforas rutilantes del cantor de Flérida y esos conceptos de la prez, de la hombría, de la gratitud y de la hospitalidad que, si toman cuerpo dramático en las creaciones de Lope, de Tirso, de Calderón de la Barca, de Vélez de Guevara y de Ruiz de Alarcón, son en las obras de tales ingenios clásicos, naturales ajeteramientos desde la entraña del alma española.

Cuando las Américas reclaman la independencia—mejor debe decirse la

mayoría de edad—, España cosecha la mies esperada de aquella simiente de libertad que ella misma embarcó en sus galeones de Indias. Pero, libres e independientes, una cadena espiritual mantiénelas unidas a la madre, porque madre e hijas cantan y rezan, aman y disputan con un mismo lenguaje, no más diferenciado el acento que puedan estarlo el de un rotundo aragonés y el de un andaluz sibilante.

¿Qué importa si algunas veces, junto a profundas voces de amor argentino, se oyen frívolas expansiones de ingratitud mejicana? Achaques son estos eructos del flato político que hincha a los estómagos mal apercebidos para digerir la inmortalidad de los sentimientos fundamentales de la raza. No importa, no. El sensible espectador de unas y otras actitudes perdona a Gonerila y a Regana, las olvida quizá prontamente, y en su memoria queda, surco de reja buida, la ternura filial de Cordelia. Y siempre le queda a España, como represalia inevitable por su condición espontánea, que el abogado azteca tiene que insultarla en castellano, mal que le pese.

El año que comienza nos pone en la coyuntura de afirmar de nuevo el orgullo español por habernos la Providencia deparado aquel honor inmarciable. Se cumplen cuatro siglos, el nueve de octubre, del bautizo de Miguel de Cervantes. Tampoco importa que ignoremos en qué día preciso vió la luz terrenal. Bástenos saber la fecha histórica en que tuvo nombre cristiano: ese nombre tan eufónico como insigne, bastante por sí solo para que en los más distantes meridianos se reverencie a un libro pensado en manchego, escrito en castellano y sentido con todas las fuerzas de un corazón hispánico y católico.

Por Cervantes, España logra universal respeto literario. Escritor ecuménico, por la difusión de su obra príncipe, Cervantes noticia al mundo entero que la Mancha existe y, por su héroe, arquetipo de la noble fantasía, de la limpia conciencia, de la recta justicia, del esforzado talante, de la intrépida hombría, de la ardiente fe, el manchego aparece, si no en todo como seamos, cual quisiéramos ser a la hora declinante en que los hombres dialogamos con la conciencia y sentimos el ansia de volver a vivir los años idos para enmendar los yerros de conducta.

No fuese la Mancha ilustre solar de los adelantados de Calatrava, cuna de héroes y de santos, y lo sería por la dichosa elección de Cervantes al buscarle naturaleza a don Quijote. No exportáramos vinos y azafranes, olios y azogues, y nos bastarían los retranes de Sancho para alegrar los ánimos decaídos, para teñir los coloquios con dejos de pequeña filosofía, para alumbrar con lámparas de ingenio las horas vacías de humor, para bruñir alindes en las almas con que se vuelvan ellas espejo de lealtad y de confianza.

¿Responderá la Mancha a sus deberes para con Cervantes? ¿Despertará de su modorra secular? ¿Sabremos olvidar algunas horas, algún minuto de cada día, las apetencias materiales, la especulación mercantil, la marea de las cotizaciones, la preocupación meteorológica, para meditar cuánto le debemos por la creación inmortal del «Don Quijote»?

Yo confieso que no soy optimista. Pero cumplo un dictado de mi conciencia al recordar a todos los manchegos que acaba de nacer el año de Cervantes.

Federico Romero.

El Instituto de Estudios Manchegos

La Mancha y, con ella, todos cuantos ansiábamos la creación de un Organismo Superior de Investigaciones, que acogiera en su seno la realización de aquellas tareas de carácter científico que nuestra tierra ofrece, bajo múltiples aspectos, y que, en su mayoría, permanecieron hasta este día incólumes de todo contacto intelectual, pueden sentirse satisfechos y felicitarse. Porque aquel Organismo, largamente añorado, ha sido creado al fin. Ya tenemos, pues, un Instituto de Estudios Manchegos, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y encargado de llevar al terreno de la práctica una serie de iniciativas que contribuirán mucho a elevar a la Mancha al plano que le corresponde. Al frente de este Centro, cuya sede radicará en Ciudad Real, laboran un puñado de hombres titulados y técnicos en las distintas ramas de la Ciencia, el Arte, la Historia, etc. Y en su Presidencia, el culto catedrático y Jefe de Sección en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, don José M.^a Martínez Val, dirigirá y coordinará toda la inmensa tarea a desarrollar auxiliado por un hombre competente, don Darío Zori, prestigioso catedrático también, que ha sido designado para la Secretaría del Instituto.

Mucha es la labor que tienen por delante estos hombres. Primeramente, los temas que han abordado ya los investigadores de este Centro son los siguientes:

- 1.º Investigación y Catalogación de documentos de los archivos de la Mancha.*
- 2.º Bibliografía de autores manchegos.*
- 3.º Catálogo monumental de la Mancha.*
- 4.º Investigación sobre las Ordenes Militares.*
- 5.º Potencial económico de la Mancha.*
- 6.º Contribución al estudio psicológico del niño manchego.*
- 7.º Invetigaciones bioquímicas del queso manchego.*
- 8.º Economía agrícola de la Mancha.*
- 9.º Arqueología de la Mancha.*
- 10. Adaptación de plantas medicinales en la provincia de Ciudad Real.*

El Instituto de Estudios Manchegos funcionará bajo la protección de un Patronato, presidido por el excelentísimo señor Gobernador Civil de la provincia y en cuya vocalía figuran destacadas dignidades eclesiásticas y civiles.

ALBORES DE ESPIRITU se suma, de todo corazón, a la satisfacción general que la creación de este Centro ha producido en toda la Mancha, ofreciendo, sinceramente, sus modestísimas páginas para cuanto puedan ser útiles. Y, al mismo tiempo, hace pública su gratitud por haber sido designados para colaborar en las tareas de aquel Centro Superior el Director de esta revista, don Francisco Pérez Fernández, una de las más relevantes figuras de su Consejo de Redacción.

Angel Dotor y Municio

(Sus iniciativas y contribuciones por la exaltación manchega y cervantina.)

HEMOS leído, con la máxima atención, el artículo aparecido en el mes de diciembre en el diario «LANZA», donde su autor, el Sr. Ramírez Morales, resume la labor desarrollada en pro del Centenario de Cervantes, por él y por varios ciudadrealeños ilustres, durante los años de 1943 y 1944. Nos parece muy acertada la idea de recordar a quienes, con su entusiasmo e interés, abonaron ya el terreno para realizar la prometedoras siembra de proyectos y ponencias que en la otoñada de 1946 se ha llevado a cabo, y cuyos magníficos frutos tenemos a la vista. Estamos también conformes con el articulista, en que lo que menos cumple ahora es atribuir primacías y galardones a nadie, sobre todo porque en el esfuerzo y entusiasmo que cada uno ha aportado a la iniciación de las tareas del Centenario hay que advertir, más que nada, una generosa y desinteresada cooperación sin otra intención manifiesta que poner un granito de arena en el desarrollo de esta grandiosa empresa.

No obstante, el artículo en cuestión nos ha movido a hacer memoria acerca de la valiosa labor que un ilustre escritor manchego, D. Angel Dotor y Municio, ha venido desarrollando en el transcurso de varias decenas de años, difundiendo y exaltando, por medio de artículos y estudios, que vieron la luz en importantes periódicos y revistas españolas y extranjeras, todos aquellos problemas de vital interés, iniciativas y contribuciones, que hacían alusión a la Mancha en su estrecha dependencia con Cervantes y el «Quijote». Él fué uno de los primeros que tocó el clarín, respecto a estas cuestiones en sus artículos publicados en los semanarios «Fotos», «El Español» y «Domingo», en fechas que coincidían con aquellas en que se hablaba en Ciudad Real de tales asuntos. Pero su labor principal en pro del Centenario data de unos años antes.

Ya en los libros publicados por este escritor, con motivo de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, de hace casi veinte años, comenzó a propugnar la necesidad imperiosa de que las autoridades con jurisdicción sobre las comarcas manchegas habrían de acometer, con la mayor rapidez, la construcción y reparación de carreteras en la Mancha, para que la ruta quijotesca pudiera ser recorrida cómodamente por la infinidad de turistas que acudían del extranjero, atraídos por la curiosidad de conocer los lugares en que Don Quijote llevara a cabo sus hazañas. Conviene encaminar aquí al lector a que repase detenidamente, si tiene lugar a ello, todo el capítulo I, del libro «Don Quijote y el Cid», publicado por el Sr. Dotor en el año 1928 y del que, recientemente, se ha hecho una nueva edición. En uno de sus párrafos se decía textualmente: «Pero la honra de Cervantes y el Quijote, y el conocimiento por todos de la Mancha reclaman el debido enaltecimiento de la ruta completa del más ideal de los caballeros, toda ella bellísima y sugerente, más amplia, desde luego, que la que nos pintó, con su arte soberano de poeta de la prosa, el maestro Azorín...»

Acaso ignoren muchos todo esto, que consideramos de estricta justicia subrayar por medio de estas páginas, para que se conozca y aprecie, en cuanto vale, esa tarea que el Sr. Dotor tiene en el haber de sus desvelos y aportaciones en pro del enaltecimiento de su tierra nativa.

Por ello, después de leer también un artículo, en el que D. Benjamín Aparicio instaba al insigne escritor a romper nuevas lanzas en el debatido asunto, no nos extraña nada ese silencio, harto elocuente, con que ha sido acogida tal invitación. Compréndase que, al cabo de una labor tan manifiesta, el Sr. Dotor no puede presentarse ahora como un «aficionado» más a estas cuestiones.



D. ANGEL DOTOR

Jorge Luis de Montesinos.

Buen viejo

no nos delates...

POR una cumbre de helechos nevados y altos pisapos, va descendiendo una vida vieja. Lleva a sus espaldas un zurrón mugriento y unas barbas bíblicas ensalivadas, que rozan la superficie con su longura insofista. En la pringada lona de su zurrón hay un guarismo matemático con marchamo negro, que combinado dice: «1946». Parece que el arcaico personaje huye de algo. Acaso de esa misma cifra que no puede botrar de su zurrón viajero. ¿Quién es? Es el tiempo, que ha soportado la prisión de trescientos sesenta y cinco días. Y ¿Dónde va? Se fuga del espacio, porque en el espacio están los hombres que le prendieron y encadenaron. El no volverá a tratar con los hombres. El no sera jamás 1946; algún compañero suyo puede que intente probar fortuna, él odia todo cuanto tras sí quedó. No tornará porque su ánimo ha envejecido, a fuerza de medir hechos desorbitados, imágenes absurdas, pasiones bestiales, incontables ruindades y torpezas. Cuando abrió sus ojos a la diáfana luz de la vida en enero del año pretérito, no podía sospechar que la humanidad tuviera olores de entrañas podridas y que se habría de comportar como pasturante rebaño.

No previó, en su naciente júbilo, las colosales monstruosidades de que sería mudo testigo. Las pasiones irrefrenadas prenderían su guerra y la de las armas. Estas guerras no tendrían tregua ni en la noche estrellada. Los espíritus ruines y envilecidos, serían víctimas de pavor feminil, e impotentes para sotocar el calor producido por el ariete de sus punzantes pasiones. La plebeyez rechazó todas las normas éticas que la religión y la didáctica le ofreció para sublimarse, atenta solo al lenguaje soez del malsano egoísmo. La depauperación mental, precedente de una espiritual pobreza, arrastró a los hombres a cegar todas las fuentes alimentadas con los regatos que corrían bulliciosos por los campos de la moral histórica. Universal mala fe. Universal envidia. Una conciencia agresiva y descarada, y una tenebrosidad diabólica. En el confusionismo macabro y en la mixtificación impura, resultaría estéril todo conato de distinguir el valor del invalorable. Aun a aquellos que pretenden temolar el pendón de los criterios rectos, los vemos caer, en alocado vertigo, en las fauces de las simas abiertas, de los instintos ciegos, de la debilidad cobarde y del pernicioso juicio.

El 1946, tuvo, como signos peculiares y singularísimos, un rencor violento e insaciable de la humanidad para la humanidad, una propensión sacrílega y nihilista de tierras y de seres vivos, una trágica intuición de ruinas desoladas.

Definitivamente, el anciano 46 no volverá. No volverá, aunque los humanos le voceemos desde la cima de la ladera con gritos histéricos. El taburete rabioso de nuestros dientes, no llega ya a sus oídos. Va muy lejos. Prefiere morir bajo la umbela de un pino tan viejo como él, en la noche del espacio, o cobijado con la ropa de algún arbusto nuevo, teniendo por cabecera su tiñoso zurrón y por sudario la nieve que viste de púrpura a los que partieron de esta tierra sin volver los ojos a las ciudades prevaricadoras. Es de lamentar que el año que nos actualiza, no tenga la experiencia del que acaba de fenecer. Si al menos hubieran podido encontrarse en el camino y contarse la perversidad de las criaturas, empeñadas en gobernarse por sí propias, prescindiendo de Dios y de sus postulados y leyes, su universal apotasia y su satánica insubordinación, entonces... el tiempo asustaría

a las escenas de los hombres, no como espectador estúpido, sino con su intervención reguladora que ordena y mide las cosas en su materia y en sus límites. Pero no. No se pueden encontrar. Las sendas, aunque paralelas, una es para ir y otra para volver, sin encuentros y sin altos.

La caducidad del año llama a las conciencias de la vida fácil, intimidando a las que reflexionen en hondo recogimiento y hagan su balance, en relación con las manifestaciones de su existencia. A los que han recibido al cuarenta y siete, con el simbolismo pagano de doce uvas, ingeridas al compás de un diapason metálico, a los que, con su optimismo importuno y carnavalesco, saludan la silueta del gigantesco interrogante, recorrida en el horizonte del porvenir inseguro, los invitamos a que consideren con algo de más seriedad lo que ocurre dentro de ellos y no desoigan los gritos universales de la responsabilidad de sus propios actos. ¿Es que a esos dilectantes, despreocupados, desenvueltos y superficiales no les han rozado las alas de la decepción, desilusión e inquietud desconcertante del «1946»? Lo ponemos en duda. La Providencia es en ese punto inagotable. Cada hora nos reporta un desencato y presenta un abismo en nuestro camino, sin que por esto le sea imputable la menor arbitrariedad. Dios no puede ser más que todo justicia. Pero nosotros nos revelamos contra esta justicia y nos resistimos a admitir que estas lecciones sean pruebas de predilección paternal. No comprendemos, en el terribilismo de nuestra endiosada soberbia, que hay avisos de Dios y que el infortunio de esta desgraciada humanidad, no es más que un manatíal «in exhausto» de viva fe. A los encastillados en el reducto de sus opulencias, a los embriagados por el éxito, a los voluptuosos de la gloria terrenal, a los insaciables en las satisfacciones carnales, a los fugitivos ante la presencia del yugo moral, a todos los que comercian y especulan con la ignorancia o la debilidad de los prójimos, los emplazados a que prueben ante el mundo que no fueron factores decisivos en la mundial calamidad y acumulación de escombros en esta tierra que soporta, con ejemplar paciencia, el cuerpo de los mortales. Evidente es, a los ojos de los más ciegos, que cada uno de nosotros aportamos una desdichada cooperación al espantoso edificio de la apostasía universal. Si en 1947 no nos proponemos curarnos de esa carroña, dejando atrás, si es necesario, a los espíritus groseros, pusilánimes y débiles, en el año incipiente se redoblarán las miserias y nuestra existencia luctuosa y deleznable, correrá por los cauces que la conduce nuestro corazón duro e impenitente. Es mejor que no miremos atrás. Además, si lo hiciéramos, sería inútil. El progreso sólo lo ha conseguido el mal. El triunfo de los imbéciles, las glorias de los farsantes, el honor de los perjuros, la felicidad del flojo, el tonto y el ingénuo.

La sacudida y alteración de este mundo, hemos de enfocarla los católicos, como llamadas del Señor a nuestra fe tibia, enferma y a punto de naufragio. Hemos de rectificar nuestras líneas y de procurar, a la vista del Año Nuevo, que el lapso transcurra, dejando algo más que un recuerdo meramente numeral en la conciencia. Si esto no aconteciera así, seríamos indignos de llamarnos racionales. En el Año Nuevo, vida mejor. Esto es, vida también nueva. Porque si no es vida nueva, ¿Cómo podrá ser el Año Nuevo? Si el año no es mejor, arguye realmente poca novedad.

Pongamos atención a los inenarrables clamores de la Iglesia que nos advierte: *Renunciad a la impiedad y a los placeres mundanos, y vivamos sobria, justa y piadosamente.* Terminemos de una vez con el desequilibrio contemporáneo y con el romo materialismo de lo temporal. Abominemos de la parte que nos haya correspondido en los males pasados. Si Dios nos concede un año de vida, sea para vivirla en su servicio, con fe, esperanza, dignidad y decoro.

Y al viejo del zurrón grisiento que, con marchamo negro, combina y muestra, en la sucia lona, la cifra 1946, supliquémosle rompa la Memoria de los hombres, rogándole que, por esta vez, ante Dios el buen viejo no nos delate...

Fr. Bernardo Martínez Grande.

O. C.

La Mancha

A Francisco Alarcón Fernández

Todo el polvo de Dios en tus caminos
y todo el pan de Dios en tus trigales.

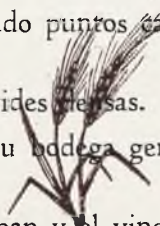
Las aspas, al girar en tus molinos,
van molturando puntos cardinales.

Sueñan tus vides mesas. Precipitan
su sangre a tu bodega generosa.

El polvo, el pan y el vino delimitan
tu corazón de tierra blanca y rosa.

De tierra adelantada en las Castillas,
recio fortín de España y ciudadela,

barco anclado entre espigas amarillas
baja el viento de Dios firme tu vela.



Juan Pérez - Creus.

8

Dibujos de Lorenzo Martínez Sánchez.

Día de Reyes



HAY efemérides que, aun cuando viviéramos muchos años, siempre podríamos decir algo nuevo de ellas.

De niños veíamos esta fiesta con el encanto y el misterio de lo desconocido. Los Reyes Magos eran para nosotros el más precioso sueño hecho realidad. Los juguetes que encontrábamos en nuestros zapatitos significaban recompensa, Fuimos muy buenos en aquellos días porque nos habían dicho que era imprescindible para que los Reyes nos apuntasen en su «libro de ruta».

La carta dirigida a ellos fué la primera de nuestra vida.

Reyes sin protocolos, que admitiais borrones y faltas de ortografía, llenásteis con vuestra magia toda la tierra. Dios quiso levantaros un trono en el corazón de cada niño porque fuisteis los primeros en llegar, plenos de fe y de amores, a adorar al Niño-Dios.

Siempre pensábamos que obrábais con justicia, aunque interiormente sabíamos que no merecíamos tanto. Ahora hemos oído decir que, o no sois Reyes, o no debéis existir, puesto que tan mal distribuís vuestras dádivas —en lenguaje infantil, juguetes—. Me he sonreído. Sí, sois justicieros. que no hace la cantidad ni la belleza de las cosas la felicidad, sino el amor que se pone en ellas y vosotros amáis igualmente a todos los niños.

Con tanto cariño depositáis la «Mariquita Pérez» al lado de unas lindas botitas de piel, que la pepona hecha en serie en las alpargatitas de un niño humilde. Sólo así se explica el que cada pequeño pueda ser feliz con lo que, al despertar, encuentra sobre sus zapatos.

Vamos a ver si es verdad :

EN CASA DE LOS NIÑOS RICOS

¡Caramba! Pues no parece sino que los Reyes trajeron un camello cargado para vosotros solos!... ¡Qué cantidad de juguetes!... Los niños no saben a cuál acudir. Un tren eléctrico... Una casa de muñecas... Un mecano... bombones, roscos de mazapán...

Los papás contemplan embelesados a sus hijos que de un lado para otro admirando el bazar en que ha quedado convertido el balcón del dormitorio.



EN CASA DE LOS NIÑOS POBRES



Entrémosnos ahora por esas callejuelas que llevan a los últimos barrios del pueblo, en donde habitan las familias que giran en torno a un jornal.

Abrimos una puerta al azar. Es una cocina de fuego bajo, en donde la lumbre va extinguiéndose suavemente. Nos recuerda las artificiales hogueras de los nacimientos en torno a la cual danzan los pastorcillos...

La fiebre y la fantasía son dos factores necesarios para salirnos de la realidad. Nosotros procuramos no escribir nunca con fiebre, pero la fantasía la creemos precisa, porque es la única que puede velarnos un poco la crudeza de la realidad. Por eso en este fuego, símbolo de un hogar humilde, vemos tantas cosas.

Una corriente fría entra por la puerta que dejamos entreabierta. El fuego se aviva un poco invitándonos casi a sentarnos a su alrededor; pero no, nuestra misión es llegar hasta donde duermen los niños.

Están los dos juntos, en actitud de abrazarse; se quedaron dormidos cuando hablaban de los Reyes Magos en estos términos:

—¿Tú crees que hemos sido buenos para que nos traigan juguetes?—decía la pequeña un poco dudosa.

—Creo que sí, porque mira, hemos pedido perdón al Niño Jesús de todo lo malo que hemos hecho y él se lo habrá dicho a los Reyes.

—¿Habrán recibido nuestra carta?

—¡Pues claro! ¡Y como todo se lo explicábamos tan bien!...

—¿Y si no saben llegar hasta aquí con las calles tan oscuras?...

—¡Anda qué tonta! Dice madre que van con ellos nuestros ángeles de la Guarda:

*Angel de la Guarda,
diles el camino,
que sepan los Reyes
en donde vivimos.*

El sueño les sorprendió en su infantil oración, y como no respeta ni los diálogos con los ángeles, echó sus polvitos mágicos sobre los ojos de los niños, cerrándolos suavemente.

Vamos a ver lo que hay en los zapatos: Un rústico muñequito, un tambor y unas cajitas con anguilas de mazaacán barato adornado con dulces de almidón. La madre está impaciente y hace ruido para que se despierten los niños. Las madres son así, quisieran vernos gozar de día y de noche.

Los pequeños se tiran de la cama y corren a la ventana descalzos. Cogen los juguetes; los miran; los admiran, y, con gritos de júbilo, van a mostrárselos a sus padres. Ellos, con una mirada, se lo dicen todo. Es una mirada rebotante de dicha, pero con un fondo de dolor. En las manos de sus hijos está toda una jornada de trabajos y sudores, pero los dan por bien empleados y se les hace poca cosa a cambio de un título de Reyes.

Así son los hogares españoles en este día, en esta fiesta tan llena de sabor religioso y de dicha familiar.

Todos gozan, porque todos aman, que no hay Reyes mejores que nuestros mismos padres, ni trono más hermoso que el corazón de un niño.

M. I. Pedrero.

Dibujos de I. Martínez Sánchez.



Las siete mil fincas urbanas que, aproximadamente, existen actualmente en Tomelloso, resultan ya insuficientes para dar albergue a las 35.000 almas que moran en nuestra ciudad. El problema de la vivienda en Tomelloso no es, en verdad, alarmante como ocurre en otras muchas poblaciones. Pero sí plantea, sin embargo, la necesidad de una ampliación que sea suficiente para el gran número de vecinos habitantes hoy día en Tomelloso. La nueva barriada de viviendas, cuyas fotografías reproducimos en estas páginas, han venido a aminorar sensiblemente la falta de hogares que había en esta



La expansión urbana de TOMELLOSO



ciudad. Mas hacen falta otras muchas para que el problema se considere completamente solucionado. Tomelloso va convirtiéndose, de esta forma, en una gran ciudad con enormes distancias. Los diámetros del casco urbano tienen una longitud de tres kilómetros. Dedúzcase de esto lo que sería Tomelloso si la infinidad de cuevas subterráneas existentes en la población, y cuya gran extensión constituye una nueva ciudad de análogas dimensiones que la parte propiamente urbana, se encontraran, cual acontece en otras poblaciones, construidas sobre la superficie del terreno, formando las llamadas bodegas.

Varios aspectos de la nueva
barriada de viviendas,
(Fotos Muñoz.)



Un cuento de León Tolstoi

por CARLOS MORALES ANTEQUERA

Ingeniero Agrónomo

Los precios extratrasféricos que alcanzan los artículos de primera necesidad no intervenidos y de los otros, traen «de cara» a los Ministros de Hacienda en nuestros hogares, que son nuestras amantísimas esposas, habiéndose aprendido tan a la perfección el disco titulado «La vida está imposible», con música de Argumosa, que nos lo están colocando a cada momento, sin duda porque se creen que nosotros vivimos en el planeta Marte, y estamos en la higuera sobre estos pequeños detalles de cotidiano yantar. A estas sufridas compañeras que solicitan de nosotros un aumento creciente de «apoquinen» para barbear el día 30 del mes, se les puede recordar la siguiente anécdota, rigurosamente cierta. Un personaje extremeño, político travieso y muy de su época, venía representando a cierto distrito de la provincia de Cáceres, por el sencillo procedimiento de comprar los votos, y sin que se tuviera que molestarse en visitar los pueblos. Para eso tenía un representante—hombre avisado— a quien le remitía dinero, y él se encargaba de enviarle el acta. No pedía cuentas ni quería que le hablaran del asunto. Cierta día fallece en Coria el Secretario de Ayuntamiento, y sin perder momento el representante pone a su buen amigo el siguiente telegrama: «Secretaría Coria vacante, me conviene.» Y firma Fulano. El Diputado le contestó en el acto: Lo creo. Menganez.

Las gentes que producen cosas fungibles, tan necesarias para la vida, parece que han perdido el juicio y ya no se conforman con nada. Realmente llevan razón nuestras esposas, aun cuando nos veamos en la triste necesidad de darles para acabar el mes, lo único que tenemos a mano: ¡la razón!

En tiempos pretéritos, toda persona tenía la nobilísima aspiración de ir mejorando de fortuna y muchos acababan sus días siendo ricos. Y se decía: el que a los veinte años no es valiente, a los treinta no es prudente y a los cuarenta no es rico, a los cincuenta es un borrico. Es decir, que un hombre necesitaba todo el proceso de su vida para llegar a ser rico, en mayor o menor medida. Hoy las cosas han cambiado radicalmente. Tenemos mucha prisa en enriquecernos, lo que procuramos conseguir en el menor tiempo posible. Nada de una generación; en pocos años, y mejor en pocos meses, y sea como quiera, pero hay que ganar tiempo. Es posible que lleven razón los que proceden de tal guisa, aun cuando el sistema perjudique a un sinnúmero de ciudadanos que no lo hacemos, acaso por falta de ocasión, mas que por virtud. Pero el hecho es cierto, y así va el mundo caminando «por el piélagos del vacío».

Y dándole vueltas y más vueltas a este asunto, viene en forma algo desilvanada a mi memoria—harto menguada por la edad—un cuento de León Tolstoi, que leí en mis tiempos mozos, y cuya síntesis era la siguiente: Un señor, dueño de inmensas cantidades de tierra, quiso repartir una parte entre sus conciudadanos, que carecían de ellas, y de medios para adquirirlas. Para hacer este reparto entre los elegidos, les dijo: «yo me sitúo en este punto y cada uno de vosotros, arrancando de él, empezáis a caminar en la medida que vuestras fuerzas lo permitan, describiendo, aproximadamente, un círculo en el término de una hora. Atorada la superficie de ese círculo, esa será la que os dé en mi finca para que pase a ser de vuestra propiedad, cultivándola.» Todos, como es natural, le dieron a las piernas, y unos más y otros menos, se iban señalando por tan curioso sistema, la superficie de la parcela que les tocaría. Llegó un avaricioso, y para que ella fuera del mayor tamaño posible, corrió de manera desaforada, describiendo una curva enorme. Al llegar jadeante y desencajado al punto de origen, donde esperaba el propietario, cayó deshecho, muriendo reventado. ¡Pobre hijito, pobre hijito! exclamó el dueño: tu ambición te ha matado. ¡Ahora con un metro cuadrado de superficie tienes bastante! Y piadosamente le dedicó unas oraciones por su alma.

Meditemos, hijitos, meditemos...

Castillo de Montizón

HACIA mucho tiempo, con motivo de pasajera y circunstancial estancia en Villamanrique—desde cuya campiña se divisa, lejana y borrosa, sobre un fondo de montañas, la silueta de la vieja fortaleza—que alentaba en mí el deseo de visitar el castillo de Montizón, *Mons Montesanus*, cuando romano, y *Montixon*, cuando árabe, y al que los cristianos, primitivamente, llamaron de Santiago, en atención a haber sido conquistado por las caballerescas huestes de la famosa Orden y por ésta reedificado y defendido.

Mezclábanse en este mi deseo el natural afán por conocer, innato en el hombre, y cierta especial atracción y simpatía, algo así como una extraña admiración romántica, por aquella grande y recia fortaleza, en la que acaso Jorge Manrique, caballero santiagués hijo de don Rodrigo, del mismo apellido, penúltimo Maestre de Santiago y señor de Villamanrique (en atención al cual toma su nombre, que antes fué *Bellomonte* y *Velmontejo*), escribiera sus famosas Coplas, ya que es probado que moró en ella algún tiempo.

Iban ya, sin embargo, pasados muchos años desde el origen de mi deseo—que adormecido yacía en el rincón cerebral de las ideas desechadas—cuando, inesperadamente, se me presentó ocasión de satisfacer mi afán.

* * *

Ha mediado el otoño, verdadera primavera de la Mancha. Es un día tan azul y tan diáfano que asemeja el cielo una fiesta de añil y de luz.

La gran patena del sol expande sobre los campos sus hostias de oro.

Y el campo se esponja bajo la caricia tibia y placentera.

Montizón es el hito gigante que marca la linde de los campos de Castilla y las tierras andaluzas.—————





Carcomido portón claveteado cierra el muro exterior.

En la plana de las hazas escriben las yuntas el poema eterno de las barbecheras.

Allá en la distancia, sobre el cobre de la gleba de la besana. un sembrador arroja la dorada bendición del trigo, en espera del agua, que obre el milagro germinador.

Una mano invisible y despiadada va pelando implacable la fronda de las vides.

Por entre el verde plata de los olivos asoman a centenares las perlas negras de las aceitunas.

Un difumino enorme esfuma en los confines del paisaje las siluetas de las montañas, igual que en un dibujo desvanecido.

En el sitio denominado el Alamillo, la trenza de plata del río Jalón se desfleca bajo un puente.

Clavadas al horizonte aparecen las casas de Cózar.

Sobre el pardo de la tierra, el pardo de los tapiales.

Y por sobre éstos, la parda montera de los tejados y las negras pipas de las chimeneas.

En el centro del pueblo, la plaza, con su parda iglesia y su torre trunca, igualmente parda.

Cózar, como tantos otros lugares españoles, está esperando de Dios lo que los hombres le niegan.

Adormecido al sol, sobre una loma, le dejamos atrás.

Un poco más allá, Torre de Juan Abad nos sale al paso.

La sombra prócer del insigne don Francisco de Quevedo llena el pueblo.

Aun resuenan por las calles aldeanas las pisadas patizambas y el golpear del toledano estoque del formidable escritor, que grande señor fuera de la pequeña villa.

Torre de Juan Abad ha sido ingrata con su recuerdo, al que no ha honrado como debiera.

Desde el pueblo al castillo hay un camino estrecho y bacheado, de difícil tránsito para nuestro coche.

Caminando despacio por el paisaje ondulado, tardamos no poco en llegar.

El caudal cristalino de un arroyuelo, que sale huyendo de una alameda, nos opone la dificultad de vadearlo.

Desde el camino no se divisa el castillo, oculto tras altas lomas.

Es sólo estando encima cuando nos muestra la fortaleza los recios dientes de sus almenas, que fingen un bostezo interminable.

Como el camino se hace difícil, decidimos avanzar a pie.

Un largo paseo, abierto a una viña y flanqueado por raquíticos y descuidados árboles, nos conduce hasta el muro de la feudal mansión.

Ni foso, ni rastrillo, ni poterna, ni puente levadizo, ni gente de armas nos vedan el acceso, cual de seguro sucediera otrora, allá en los tiempos de

«Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el Maestre don Rodrigo
Manrique, tan famoso
y tan valiente»,

que fuera su señor.

Ni ha sonado tampoco en la alta torre la trompa del atalaya, anunciando el arribo de gentes extrañas al alcaide de la fortaleza.

Ni la campana de alarma ha lanzado al viento sus bronces de alerta.

Sobre su peñón cimero—negra verruga de piedra—, el castillo duerme su sueño eternal.

Carcomido portón claveteado cierra el muro exterior desalmenado, sin barbicanas, sin parapetos, sin matacanes, sin baluartes...

Sólo guardan la entrada, en estos tiempos, dos tremendos mastines, que, al divisarnos, ladran furiosamente, con canina y tozuda obstinación.

Caballeros en mulas de labranza salen unos gañanes del castillo, que son las huestes de hoy.

Penetramos al fin en la mansión guerrera, actualmente convertida, por obra del tiempo, que todo lo trueca, en alquería.

Entre muros derruidos y restos de torreones, ascendiendo por empedradas rampas, llegamos al cuerpo central del derrotado castillo.

Por una puerta de apuntado arco, abierta en el grueso muro, irrumpimos en la amplia plaza de armas, luego de atravesar lo que fué cuerpo de guardia.

El abandono y la desolación reinan en el edificio.

El ariete de los siglos abatió los recios muros.

Intentamos subir, sin conseguirlo, pues la escalera se ha venido al suelo, a la que fuera un tiempo gallarda torre del homenaje.

La vieja capilla de la fortaleza, en que los caballeros de Santiago elevaron sus preces al cielo impetrando la victoria, es hoy una inmundada cochiguera.

Las espaciosas salas castellanas, antaño exornadas de ricos tapices y muebles severos, sirven ahora para encerrar ganado.

En el salón de honor del piso alto, lugar de fiestas en un ayer remoto, se almacena el trigo.

Hay también, en otras antañonas y nobles dependencias, una vieja bodega, ya olvidada, y una alquitara medio destruída.

Ni la historia, ni el arte, ni la tradi-

Sobre su peñón cimero, el castillo duerme su sueño de eternidad.





Desde una alta ventana, contemplamos el curso del Guadalén.

ción han sido respetados en el vetusto castillo.

Gruesa capa de estiércol cubre el suelo por todas partes, poniendo infamante inri a la vieja mansión caballerescas.

Y una plaga terrible de pulgas, que defiende hoy el castillo mejor que ayer los guerreros, es la consecuencia lógica de tamaña suciedad.

«Los castillos impugnables,
los muros e baluartes
y barreras,
la caba honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?»...

Desde una alta ventana—en que la castellana llorara ausencias en otro tiempo—, abierta al principio de alto escarpe, contemplamos, fúlgido y brillante bajo la llama del sol, el curso del Guadalén.

El brazo de acero del río defiende las rocas, en que asienta el castillo su imponente mole.

Abajo, cercanas a la estrecha hoz por donde pasan las aguas, se divisan las verdes agujas de frondosos álamos.

El paisaje se cierra hacia el norte por cerros y alcores y onduladas lomas, que forman el escalón de la meseta manchega.

Y hacia el sur se abre, siguiendo el camino que marca la estela de cristal del río, en su marcha hacia el Guadalimar, del que es tributario.

Siguiendo este estrecho valle subirían, desde Andalucía, las algaras moras.

Y por él bajarían, sin duda alguna, las nobles cabalgadas santiaguesas, en los duros tiempos de la Reconquista.

Montizón es el hito gigante que marca la linde de los campos de Castilla y las tierras andaluzas.

Ya ni pajes, ni escuderos, ni ballesteros, ni heraldos, ni hombres de a caballo, ni gentes de la mesnada del castellano señor—un tiempo aquel gran poeta llamado Jorge Manrique, que luchando por su reina halló la muerte en Garci-Muñoz—, animan con sus voces y su marcial estruendo la plaza de armas.

Ni se escucha el sonar de atambores y trompas de guerra.

Ni fulguran al sol los aceros de las armaduras.

Ni pretenden clavarse en el cielo las lanzas.

Ni relinchan los nobles corceles presagiando la dura pelea.

Ni entre las almenas asoman las damas despidiendo al guerrero cortejo, que marcha al combate, con el breve lienzo de sus pañuelos.

Al beligeró afán de otras épocas ha seguido el silencio absoluto de hoy.

Ya al pie de las torres tampoco se escuchan las dulces canciones de los trovadores.

La época gloriosa de los caballeros y las castellanas «pasó como pasa,

bajo el puente, el río». Tan sólo labriegos, rústicos y zafios. pueblan el castillo.

En las lóbregas mazmorras—en que otrora gimieran cautivos—cacarean y alborotan ahora aves de corral.

La espaciosa cocina, de amplia chimenea, «en que hubiera cabido holgadamente el asador de un olmo entero y el entero novillo de las bodas de Camacho», está habitada por la gañanía.

Todas las dependencias del castillo que se hallan alejadas de la plaza de honor, se han convertido en cuadras y pajares y tinahones...

El refrán castellano que dice: «Abájense los adarves y álzense los muladares», se ha cumplido fatalmente en la mansión feudal de Montizón.

En los mellados adarves y mutiladas almenas crecen altas hierbas y anidan los grajos a centenares.

Y entre los escombros asoman sus chatas cabezas múltiples respiles.

Todas las glorias de antaño, por igual las del castillo y de la Orden,

«¿Qué fueron sino verduras de las eras?».



Lo que fuera un tiempo gallarda torre del homenaje.

* * *

Hartos ya de contemplar tanta desolación y ruina tanta y tanto y tanto atropello, evocando la memoria del valeroso soldado cuan inspirado poeta, que rindiera su vida por su reina y honrara la memoria de su padre con sus famosas Coplas, acaso aquí mismo escritas, partimos del castillo con el véspero.

Suspendida en el alto peñón que le da asiento queda la fortaleza de Montizón, como un himno de piedra del Medievo.

Las luces del ocaso dan a la vieja osamenta de la centenaria mole cierto aspecto romántico y glorioso.

En el silencio augusto de los campos, por mil mínimos ruidos amasado, se escuchan las esquilas de un rebaño, que hacia el castillo avanza.

¡Es la mesnada del moderno señor de Montizón!

Antonio Merlo Delgado.

Fotos A. M. D.

(Del libro, en preparación, RUTAS. (Sinfonía de Ciudades y Paisajes.)

F. García Pavón:

CERCA DE OVIEDO

(*Novela, Madrid, 1946.*)

GARCÍA Pavón al aparecer en el rellano de las letras nacionales con su novela galardonada, nos recuerda al hombre que irrumpe bruscamente en un salón cualquiera, despide la puerta tras sí con un resonante portazo, se acomoda, después, en un buen sillón, saca un puro del bolsillo, lo enciende y se queda mirando, con la mayor frescura, a toda la gente que, naturalmente, se sorprende ante el atrevimiento del nuevo visitante.

¿Quiere esto decir que el joven novelista ha burlado la corrección y buenas formas que siempre deben acompañar al arte del bien escribir? De ningún modo. Ahora, cuando desarrollemos nuestro criterio, se entenderá mejor esta parábola.



García Pavón ha entrado en la corte de los novelistas con una originalidad desacomunada, le ha dado, airoosamente, el portazo a las apollilladas y manidas, a fuerza de usadas, prescripciones y prejuicios literarios que, en los últimos años, informaron la esencia de tanta novela como deambula por esos mundos de Dios, novela de lujosas encuadraciones, en muchos casos, pero falta, asimismo, de la necesaria hilaridad e interés (o sea, mucha corteza y poca miga); después, se ha situado en un plano hábilmente elegido, con afortunadas perspectivas, vedadas para muchos novelistas, desde el que ha podido otear, con una tranquilidad pasmosa, todo el panorama novelesco para adentrarse por atajos (todo su estilo es eso: atajo y concisión) de un desenfadado humorismo, producto de ese espíritu ultraobservador de nuestro paisano que sabe captar hasta los más ínfimos detalles para presentarlos al lector con su burlona lente de aumento. Al llegar aquí, todo el peso de nuestra razón habrá de estar con Agustín del Campo cuando dice que la «trama de esta obra es casi una teorización sobre la creación novelesca». Además, García Pavón, desde esa postura original con la que ha dado dirección a su novela, ha sabido aprovechar el nimen de su amplia perspectiva literaria, dando de lado a tanta frustería, y cuando más, mirando sólo con el rabillo del ojo lo que a tantos cegó e hizo fracasar. Y así se comprende que muchos novelistas consagrados y muchos asiduos lectores de novela, al igual que aquellos señores del salón donde irrumpió el hombre de nuestra parábola, se quedaron boquiabiertos y cariacontecidos ante la desenvoltura y originalidad con que se da a conocer este principiante. Originalidad y desenvoltura que obran en unión de una vitalidad conceptualista y una capacidad creadora que aseguran para el novel literario repetidos éxitos.

No puede faltar en estas líneas nuestra pincelada de sinceridad, y así queremos hacer la siguiente objeción: La novela de García Pavón es, exclusivamente, para personas de sólida formación. Desde el marco a que nos sujeta la conducción católica —que es, a su vez, programática— de la revista *ALBORES DE ESPIRITU* consideramos de suma importancia reseñar esta aclaración. Y no es que nosotros vamos a llegar hasta el extremo de trasladar esta obra a un terreno de inmoralidad premeditada e intencionada que sería injusto atribuirle. No. El autor no hace sino tratar con una claridad y sencillez a todas luces, aquellos motivos de picaresco sabor que vienen al ámbito de la novela con el soplo de una naturalidad habitual e incontentible, exponiendo manifiesto de esa concepción realista tan en carne viva que hallamos en esta obra.

En resumen: García Pavón ha hecho una novela con todas las de la ley. Un argumento original y bonito, desarrollado con marcada amenidad y salpicado de escenas de humor tan vivo que nos hacen explotar, en muchas ocasiones, en una estruendosa carcajada. Así, mantiene constantemente tenso el ánimo del lector, llevándole por trochas de intriga y sensacionalismo para plantarle, al final, ante un desenlace burlesco e inesperado.

El "Tomelloso C. F." se clasifica subcampeón del VIII grupo en
III DIVISION

Tras una brillante campaña futbolística, el equipo del «Tomelloso C. F.» ha conseguido clasificarse subcampeón del VIII Grupo. La competición resultó reñidísima, dada la gran valía y elevada moral de los equipos contendientes. No obstante, su carácter del club novicio en las filas de la III División, el once tomellosano, ha sabido elevar el pabellón del fútbol local a la altura y prestigio que merece.

Por medio de esta líneas, ALBORES DE ESPIRITU, envía un cordial saludo de enhorabuena a la afición deportiva en general y, especialmente, al equipo triunfador, que con tanto acierto ha sido llevado a la victoria por su entrenador Sr. Key.

Fútbol retrospectivo en TOMELLOSO

QUE encanto, pleno de añoranzas, el de estas fotografías antiguas, amarillentas por la pátina del tiempo! ¡Qué recuerdos nos proporcionan estas imágenes—momento fugaz eternizado—que hacen retroceder nuestra imaginación a horas pretéritas, más felices ¡ay! que las actuales...! ¡Cuando teníamos una espesa cabellera, hoy con claridades de calvicie...! ¡Cuando no peinábamos estas canas que ahora p'latean sobre nuestras sienes! ¡Cuando no había arrugas en nuestro rostro, ni curva en nuestro abdomen..., ni desengaños en nuestro ánimo, ni ingraticudes

Año 1924: equipo de la «Atlética Castellana». De izquierda a derecha y en pie: Ricardo Ramiro, Ovidio Martínez, Miguel Martínez, Ángel Compte, Jesús Calleja y Tomás Montero. Rodilla en tierra: Ricardo Sánchez (x), Tomás Romera, Francisco de la Santa, Elias Montero y Eutimio Carretero. (Fotos Sánchez Montañés.)





Año 1931: equipo del «Tomelloso F. C.». En pie: Piñero, Vilanova, Iriurzun, Mañolete, Romero, Manolito y Martín. Agachados: Compte (único veterano de la foto anterior), Casero, Granizo y Velasco. (Fotos Sánchez Montañés.)

sobre nuestro corazón, ni pena, ni odio...! ¡Cuando reíamos por nada y el mundo era pequeño para nuestras ilusiones!... ¡Cuando éramos jóvenes...!

Cuenta el fútbol en Tomelloso ya casi treinta años de existencia. Fué en 1918, cuando se empezó a jugar y su iniciador, nos dicen—la verdad es que no somos tan viejos como para recordar aquellos tiempos—fué D. Manuel Bueno Paz, Director por entonces de la sucursal del desaparecido Banco Matritense.

Pocos años después se fundó la «Atléctica Castellana», primera sociedad deportiva con organización seria que hubo en Tomelloso. Eran algunos de sus directivos, Don José Fernández Amores, D. Angel Soubriet, D. Teófilo Aguilar, D. Elías Hurtado y D. Juan de Mata Losa, hombres entusiastas que trabajaron con ahínco por romper la general indiferencia. ¿Qué era aquello de darle patadas a una pelota?

Se jugaba entonces en el Campo de la Estación, propiedad de D. Leoncio Peinado, tan bueno y desinteresado que no cobraba el alquiler. Y los colores del equipo—todos sus componentes, por cierto, de la cantera local y puramente aficionados—eran jersey a rayas blanquinegras y pantalón azul. ¡Aquéllos inefables pantalones de los futbolistas de hace una veintena de años, que llegaban empídicamente hasta la rodilla! (Hoy es muy probable que se juegue mejor que entonces.) ¿Consistirá la mejoría del juego en la cortedad de los pantalones?

Años después, nuestro club deportivo cambió de nombre y se tituló ya «Tomelloso F. C.». ¡Buen equipo el de entonces! Entre forasteros y locales, profesionales unos y aficionados los más, se llegó a constituir un muy aceptable conjunto, que logró clasificarse subcampeón provincial en dos temporadas. Y el hombre dinámico y emprendedor, al que los aficionados de Tomelloso recuerdan con singular predilección, porque merced a sus iniciativas nos visitaron entonces equipos de primera categoría, como el «Nacional de Madrid» y el mismo «Sevilla F. C.», fué D. Isidoro Márquez, todavía no alejado de las actividades futbolísticas, puesto que es ahora Vicepresidente de la Comarcal, y su consejo se escucha y su opinión orienta muchas veces a la Junta que dirige actualmente al «Tomelloso C. F.».

...¡Viejas fotografías que nos llevan a dulces añoranzas! En los rostros de los jóvenes que las contemplan, quizás se dibujen sonrisas irónicas. Pero si son deportistas, que pregunten a los en ellas retratados.

Y la respuesta será esta o muy semejante:

—¡Jugábamos por gusto! ¡Poníamos nuestro corazón en cada partido! ¡¡Y no cobrábamos!!

¡Tiempos inefables aquéllos, en que el deporte no era una profesión!

Penalty.

Fotos Sánchez Montañés.

SE CONSTITUYE EN TOMELLOSO LA COMISION DE HOMENAJE


A MIGUEL DE CERVANTES

*H*A llegado la fecha de suplir las palabras por los actos y Tomelloso, consciente del importante papel que le toca desempeñar en el homenaje al Príncipe de los Ingenios, se ha apresurado, ante la llegada del 1947, a demostrar que no en vano se encuentra en el corazón de la Mancha.

Motivo de ello ha sido la constitución en nuestra Ciudad de una Comisión Local de Homenaje a Cervantes que ha comenzado inmediatamente a actuar para desarrollar sus actividades en estrecha cooperación con la Comisión Provincial de Ciudad Real, aportando sus iniciativas y entusiasmo con el fin de llevar a cabo felizmente esta noble empresa.

Otro día daremos más detalles de este importante acto, así como los nombres de aquellos señores designados para ocupar los puestos de la Comisión referida y del Comité Ejecutivo que dentro de la misma se ha creado.

Ejemplar



GRATUITO

Imprenta "T. P. A."

ALCALA DE HENARES